



De la excomuni3n a
la libertad.
Entre la lectura,
la escritura
y la interpretaci3n*



María Eugenia Martínez Giraldo



Trabajadora social
Integrante Grupo Mujer y Sociedad

María Angélica Wierz-Gutiérrez



Traductora Inglés - Alemán - Español

* Fráncfort del Meno, 2014, Bogotá, 2014

Este artículo es una narración sobre la tentativa de algunas mujeres con la lectura y la escritura. Aquí se recogen algunas divagaciones que hemos decidido titular “De la excomunión a la libertad”. De la excomunión porque las mujeres han estado condenadas al confinamiento y al silencio al que las sometió el patriarcado, apoyado por las religiones monoteístas y reforzado por la complicidad de los ilustrados y científicos. La excomunión, tal y como se vivió en la Edad Media y la Inquisición, en las que las mujeres eran castigadas por sus inquietudes e inclinaciones intelectuales.

Hacia la libertad, porque la conquista de los derechos de las mujeres, desde hace tan sólo siglo y medio, conllevó la posibilidad de leer, escribir y traducir en varios idiomas. Tres actividades indispensables para comunicarse activamente en la sociedad global. Las tres suponen desatar temores, cuestionar dogmas, asumir críticas y, sobre todo, estudiar y estudiar, cuestionar y reflexionar, realizar una lectura seleccionada, como la que sugiere Virginia Woolf, construir nuevas identidades y lograr la comunicación entre congéneres. Estiman la comprensión no sólo de otros idiomas, sino la interpretación de otras culturas, la vivencia y la tolerancia de la diversidad humana. También suponen no ser objeto de la manipulación de los sermones eclesiásticos, las teorías misóginas de intelectuales y/o los mensajes moldeadores de belleza de la publicidad moderna.

El camino transitado por las mujeres hacia la lectura, la escritura y la interpretación ha sido prolongado y complicado. Más de seiscientos años transcurrieron entre el momento en que las mujeres de la monarquía y los monasterios en Europa y América Latina empezaron a leer y a indignarse por lo que se escribía «acerca de ellas» y «para ellas», hasta el momento en el que aparecen las primeras escritoras. Tan solo tres cortos siglos han transcurrido desde que las mujeres empezaron a escribir.

Aprender a leer y a escribir pasa por varios y extensos momentos, así como por complejos sucesos. Se puede decir que un primer paso fue romper con la prohibición, el miedo y el castigo impuestos por las instituciones civiles y eclesiásticas, para luego llegar a consolidar su propia expresión sobre la condición humana.

La firma como reconocimiento de la existencia

Firmar fue la primera acción de escritura permitida a las mujeres. Escribir el nombre y el apellido significaba la reafirmación de la presencia y la pertenencia a este mundo. Las mujeres aprendieron a escribir su nombre, asignado en el seno familiar para no olvidar la identidad heredada, para continuar con la tradición y para realizar el sueño de vida pensado por los mayores y esperado por la sociedad. Posteriormente, con el nombre se da la identificación como ciudadanas.

Cuando en el seno de un árbol se repite un nombre sin cesar, esto puede convertirse en una «catástrofe familiar». Marianne Costa y Alejandro Jodorowsky (2012), quienes escriben sobre metagenealogía, plantean que los árboles genealógicos conllevan nudos y trampas, tesoros y talentos que, de una manera u otra, van señalando un camino de manera casi inconsciente. Los nombres que los padres asignan al nacer van contribuyendo a marcar el destino y los proyectos futuros y van moldeando la personalidad. Por eso en sus terapias proponen

la reasignación de nuevos nombres, con el propósito de que la persona se apropie de sí misma.

Los estudios de UNESCO sobre alfabetización funcional, en 2013, plantean que aún quedan mujeres que tan solo saben firmar. Los países nórdicos y algunos del sur en América Latina han superado el analfabetismo, en los del centro ya casi están llegando al ciento por ciento, pero en África las cifras oscilan entre el 30 y 50%. Es decir, aún quedan mujeres que tan solo saben estampar una mancha como firma.

El testimonio de Josefa, una campesina, nos muestra la persistencia de la excomunión y sus consecuencias:

«Yo qué voy a recibir la ayuda para la vivienda que ofrece el alcalde, si yo no tengo cédula. Jamás he ido por esas oficinas y no sé cómo firmar, pero me piden un documento y que escriba mi nombre y yo no sé qué es eso. Así que pa'que voy y me hago ilusiones. Recuerdo que después de la inundación en mi pueblo, los señores de las oficinas me llamaban damnificada... Entonces mi marido era el que tenía que ir a registrarnos a todos los niños y a mí. Y un buen día me quitaron los mercados porque aparecían en una lista dos señoras casadas con el mismo nombre de mi marido. La otra vivía en el pueblo vecino. Así fue como me di de cuenta de que me había engañado, y yo de inocente creyéndole que me quería, y hasta le era fiel».

Para las mujeres profesionales, el nombre implica situaciones aparentemente intrascendentes. Pero María del Carmen, una profesional de la ciudad, nos cuenta:

«María, mi primer nombre, es muy frecuente en nuestro medio. Generalmente, va acompañado con otro nombre. Yo tengo muchas amigas y parientas llamadas María "Algo". Ese "Algo" es, comúnmente, acompañado del nombre de una santa como: Clara, Inés, Lucía. Un día me puse a consultar por Internet y encontré varios significados del nombre María. Significa la elegida en la cultura judeo-cristiana. Según el marianismo, María es la responsable de

enmendar el mal que porta Eva, es la que niega la sexualidad y se posiciona como madre pura, bendita, virgen y mártir, es la mujer que concibe sin pecado y es obediente a los mandatos del arcángel. Afortunadamente, mi apodo me permite huir de esta carga.

En unas sesiones de psicogenealogía me sugirieron cambiar de nombre si quería renacer y desatar algunas trampas que me tenían atadas a la imagen de santidad. Pero, volviendo a investigar, encontré otro significado que viene de la cultura celta, en la que María significaba la señora soberana, es la estrella que ilumina el mar y es una mujer fascinada por el poder. Así que decidí no cambiar de nombre y resignificarlo desde la soberanía. Otras de mis compañeras de terapia sí que se cambiaron de nombre.

Recuerdo que cuando me casé era obligatorio llevar el "de" seguido del apellido del marido. No había escapatoria. Había que añadir ese artículo para significar que de ahora en adelante se pertenecía a alguien: al marido. Ahora que podemos conservar el apellido del padre, intenté cambiar la cédula. La señorita de la Registraduría me dijo que tenía que firmar como estaba en la anterior, o sea, con el "de". Entonces en la nueva cédula quedé con los apellidos de mi papá y mi mamá, pero con la firma mía que conllevaba el forzoso "de". Algunas de mis amigas llevan con orgullo el "de". En detalles tan pequeños de la vida, veo muy difícil salir de los designios que están implícitos en las normas y las antiguas creencias. Creo que las nuevas generaciones ya no piensan en ese dilema, solo llevan el apellido paterno y lo conservan al contraer matrimonio. Un nudo menos que desatar, aunque todavía carguen el de la familia paterna. Se han liberado, al menos, de un patriarca.»

La indignación de las mujeres por los libros escritos por hombres

El segundo momento es la lectura, frente a la cual se presenta el despertar de la indignación femenina. «La lectura supone una habitación propia», al decir de Virginia Woolf, un espacio donde se puede dialogar consigo misma y con quien escribe. La lectura permite formular interrogantes, indagar sobre el significado y el trasfondo en torno a lo que se lee. Es un tiempo de encuentro interior, de

aislamiento voluntario donde se puede escapar de los requerimientos, solicitudes e interrupciones propias de la vida familiar y social.

Los descubrimientos de las primeras lectoras debieron ser bastante tristes y desconcertantes. También es de suponer, que aprendieron a reconocer las debilidades de los soberanos. Vale recordar la descalificadora frase de Schopenhauer, filósofo alemán, quien escribió que las mujeres eran «seres de cabellos largos e ideas cortas». O la denigrante máxima de Shakespeare que dice que es más raro ver «a un perro que baile que a una mujer que escriba». O el ilustre Freud y su concepto de histeria y las teorías que culpabilizan a las madres, que seguramente despertaron la ira de las primeras lectoras. Posiblemente, esta fue una evidencia que llevó a las mujeres al sendero de la rebelión. Las lectoras tuvieron que sentir el dolor de haber sido vilipendiadas, rebajadas y minusvaloradas.

Y ¿qué decir de las ausencias? Leer y descubrir que nada se ha escrito acerca de la historia de las mujeres, es algo que deja un vacío en el pasado, el presente y el futuro. Leer y enterarse de la historia sólo por sus guerras, desastres, crueldades, invasiones y posesiones, es como caer en un precipicio sin fondo, en un túnel sin luz al final. Mientras, el mundo de las mujeres ha transcurrido silenciado, entre los cuidados y los servicios hacia los demás, y ha soñado con la solidaridad y la ética del amor.

Lamentablemente, la lectura es una actividad poco generalizada, su democratización ha sido bastante lenta y precaria. Actualmente, tiene el gran enemigo de los medios masivos de comunicación que ofrecen diversión relativamente económica y fácil de decodificar. Según datos de CERLALC, en 2012, el porcentaje de población mayor de doce años que dedica tiempo a la lectura es del 41%, o sea, menos de la mitad de la población. Se leen más revistas que libros y el promedio de libros leídos por persona al año, no pasa de dos.

María del Carmen sigue contando su experiencia: «Que ¿cómo pude acceder a la lectura? Por fortuna, mi abuelo y dos tíos tenían bibliotecas en sus casas. Eran sus espacios. Las mujeres de la casa pasaban por allí para hacer la limpieza o llevar bebidas, nunca las vi sentadas leyendo, sólo cogían los libros para quitarles el polvo. A ellos les gustaba organizar juegos de salón para representar personajes históricos y literarios, eran unos comediantes formidables y me despertaron la curiosidad por Tolstoi y Dostoievski y sus reflexiones sobre la compleja condición humana. Yo tenía que leer a escondidas de mi mamá quien estaba más preocupada porque yo aprendiera a administrar una casa que porque divagara sobre preguntas existenciales. Mi hermano me sugirió esconderme en el sótano o subirme al tejado para sacarle tiempo a la lectura, que por supuesto, hacía con remordimiento y culpa. En alguna ocasión hice una pregunta en clase de literatura sobre *Crimen y Castigo*, la respuesta que obtuve fue un castigo el fin de semana, por impertinente y por leer cosas no aptas para señoritas.

Recuerdo que pasé doce años en un colegio para niñas, de allí salí con el título de bachiller y formalmente con un diploma para ingresar a la universidad. Fue uno de los primeros colegios privados y aparentemente laicos y liberales en Colombia, que reconoció a las mujeres el derecho a la educación formal. Por supuesto que aprendimos el alfabeto y a leer en la *Cartilla Charry*: «Mi mamá me ama». Sin embargo, no había en ese entonces una biblioteca, así que solo escuchábamos a las profesoras. La intención primordial era formarnos como señoritas de bien para comportarnos en sociedad y desempeñarnos como encantadoras esposas. Aprendimos a rezar el rosario, a repetir una y mil veces el Ave María, tanto, que a media noche me despertaba sobresaltada recitando la bendita estrofa. También oía la lectura de la *Imitación de Cristo* y de los evangelios en la Santa Misa, al menos una vez por semana, con carácter obligatorio.

No recuerdo ni una sola tarea donde yo tuviera que pensar una idea para escribir una frase, solo copiar y hacer planas. Por ejemplo, repetir cien veces: Tengo que ser una niña formal, obediente y buena.

Las llamadas Sagradas Escrituras es uno de los textos más traducidos a la mayoría de los idiomas en el mundo entero. Un texto que, según la Iglesia Católica no se puede leer por cuenta propia, debe ser interpretado por los sacerdotes, quienes exigen obediencia e inculcan temor si no se cumple con las sentencias allí promulgadas. Por ese entonces estaba vigente el Índice, es decir, la lista de libros prohibidos por la misma Iglesia. Obras que no podía leer ninguna persona perteneciente a la Iglesia Católica.

Pasé cinco años en la universidad estudiando intensamente. Con las compañeras de estudio pasábamos largas horas leyendo y discutiendo acerca del desarrollo y la problemática social. Mi mamá me dejó entrar a la universidad siempre y cuando no fuera a la cafetería. Le parecía un lugar poco adecuado para una niña decente, por lo cual obedecí y, en buena hora, pues pude pasar largas horas en la biblioteca. Allí, estudiando Ciencias Sociales capté otro vacío. Cantidades de informes sobre el desarrollo económico, industrial y agrario, pero casi nada acerca del desarrollo social. Así que las preguntas sobre el bienestar social se limitaban al ámbito de la Economía. Anaqueles inmensos con libros sobre el poder, el Estado y sus instituciones, la democracia representativa y las leyes, pero muy poco o nada de Política Social y, mucho menos, de los estudios de mujer y género.

Hay que decirlo, para algunas mujeres profesionales, el vacío de nuestra historia no existe. Supongo que como el sistema educativo enseña la historia de los héroes y las guerras, guardando silencio sobre la historias de las mujeres y las historias de las paces, pues no han tenido la oportunidad de co-

nocer la riqueza que estas otras historias sociales encierran, pese a que existe literatura al respecto, tanto a nivel nacional como internacional.

Igualmente, es fácil recordar que García Márquez y Vargas Llosa ganaron el Nobel de Literatura, pero ¿qué sabemos de los nombres de las trece mujeres galardonadas con el mismo premio?

En la actualidad encuentro gente leída e ilustrada que, sin claudicar de los deberes impuestos, siguen defendiendo a capa y espada los modelos de exclusión, así gocen de sus derechos. Es más, se lamentan por los cambios de roles de las nuevas generaciones. Les parece un escándalo que el hijo se dedique a ser padre, cambie pañales, sirva la comida y sea tierno con sus hijas. Comentan el horror de las nueras porque trabajan en su cuarto propio y le dedican tiempo a su trabajo sin las interrupciones propias de los quehaceres de la casa. A mí eso me retumba como el lamento del patriarca. Tal vez, es difícil comprender las libertades que se toman las nuevas generaciones y las oportunidades que se están dando para ser seres más integrales, con rasgos menos rígidos de lo que era ser hombre o mujer.

Y ¿qué pensar del amor romántico? A las mujeres nos ensalzan, nos embellecen, nos idealizan. Nos plantean un amor eterno, idílico, irreal. Vivimos entonces en el desfase y la desilusión de las relaciones amorosas. Aún hoy en día, las lecturas sobre las relaciones de pareja esconden una sutil visión de la inferioridad de las mujeres. Recordemos tan solo la fascinante novela *La Mujer Justa* de Sándor Marái (2011), escritor eslovaco. Cuando empecé a leerla, no quería soltarla, pero debo confesar que me produjo un malestar espantoso mientras pasaba sus páginas. Expone en párrafos muy bien escritos la vivencia de un trío amoroso, dibuja sutilmente la superioridad del hombre rico, empresario, serio, frente a la dulzura de la mujer culta, ama de casa y de clase media, socialmente aceptada, y la voracidad y el arribismo de la mujer sierva, trabajadora,

ambiciosa, traidora, ladrona. La típica narración moderna masculina en la cual no se manifiestan los sentimientos del hombre, sino las necesidades de posesión, los secretos, el interés por mantener relaciones que respondan a sus prescripciones. No repara en lo que él tiene para ofrecerles. Y me consta que muchas mujeres cultas lo leen y pasan por encima tamaños detalles.

El texto de mujeres que más ha impactado mi vida personal ha sido *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* de las mujeres de Boston. No solamente abrió mi espíritu, me habló de mi desarrollo biológico con una claridad extraordinaria y sobre los eventos maravillosos que nos acontecían desde el nacimiento, pasando por la pubertad, las relaciones sexuales y amorosas, la reproducción, la menopausia, las opciones sexuales y la muerte. Me aclaró muchas de las confusiones que me habían enseñado a través de los mandamientos, como el de no fornicar (nunca me explicaron el significado de ese verbo). También el libro me abrió los ojos sobre las múltiples sexualidades que se pueden desarrollar en el ser humano. Por supuesto que decidí pasárselo a mis hijas y en algunas ocasiones lo leíamos conjuntamente. Mi compañero de vida quedó sorprendido al leerlo, casi no podía imaginar la complejidad de la condición sexual humana.

Creo que si ese libro no llega a mis manos, me hubiera perdido de sentir orgasmos, de disfrutar la sexualidad y hasta seguro seguiría sufriendo por mis deseos recónditos. Hoy en día llegó a mis manos vía correo electrónico de una de mis hijas un texto aún mejor: *Pariremos con placer. Apuntes sobre la recuperación del útero y la energía sexual femenina* de Casilda Rodríguez; es una verdadera revolución frente al mandato condenatorio de parirás con dolor. Es un verdadero avance de las comadronas universitarias que hoy en día han tomado bajo su responsabilidad el acompañar a las mujeres en la maternidad.

Y ¿qué nos hubiera pasado a las mujeres sin la traducción del *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir? Nos habríamos perdido de las reflexiones filosóficas, antropológicas e históricas acerca de esas otras que hemos existido, existimos y deseamos seguir existiendo y haciendo presencia en este mundo.

La explosión de la escritura

La escritura es la tercera etapa de esta larga experiencia. La escritura exige a las mujeres aproximarse a las normas de una lengua. Requiere ampliar el vocabulario y reconceptualizar muchos de sus términos, conocer gramática, ortografía y expresarse en un lenguaje complejo. La escritura exige, igualmente, disciplina intelectual. Es preciso acudir a la conceptualización y la abstracción para expresar las ideas. No bastan el deseo y la intuición. Escribir no es una actividad espontánea.

Cuando las mujeres se atrevieron a escribir se fortaleció la comunicación entre ellas, se empezó a romper con la exclusión de la comunicación y se expandieron las fronteras. Ya no era necesario estar presentes en una misma sala para poder conversar y transmitir sus pensamientos y miradas del mundo.

En buena hora, también han surgido las traductoras y las intérpretes, ellas han aportado la posibilidad de leer múltiples versiones y captar los discursos femeninos en otros idiomas y desde otras culturas. Han abierto la vía hacia la interculturalidad y la complejidad. Así se ha podido dedicar tiempo al deleite de la escucha, el contraste y el contagio entre unas y otras. Las intérpretes casi ni se conocen, cuando se reseña un libro se resalta quien lo escribe, pero no quien lo traduce. Para reconocer a la intérprete se requiere escudriñar su nombre.

Las mujeres empiezan a expresarse por medio de múltiples géneros literarios. Los diarios fueron

los primeros intentos durante el siglo XIX. Estos cumplieron una función muy importante, permitieron la expresión pública del yo interior de las mujeres, constituyeron la exposición de su propia intimidad. En ellos se plasman los más recónditos sentimientos, deseos, ambivalencias e incertidumbres. Por ejemplo Katherine Mansfield (1914-1919) escribe: «Me siento miserablemente desgraciada entre todo el mundo; y el silencio... Quiero estar sola... No echo de menos a J., en absoluto, no tengo ningún deseo de ir a casa... Estoy contenta de vivir aquí, en una habitación amueblada y observar... La vida con los demás se me antoja como una mancha desdibujada;... pero resulta maravillosa y de un enorme valor cuando estoy sola, los detalles de la vida, *la vida* de la vida».

Algunos diarios narran las reflexiones de las mujeres alrededor de lo que ellas sentían y querían ser frente a lo que leían en los escritos masculinos y lo que ellos decían que deberían ser las mujeres. Son testimonios de sus vidas a través de los diferentes instantes del ciclo vital. Los diarios cumplieron con la tarea de expresar la identidad de las mujeres.

Las cartas y la correspondencia constituyeron un vehículo muy importante para manifestar los sentimientos femeninos. Paralelamente, vienen los cuentos. Allí aparecen múltiples y complejas «institutrices que priorizan la felicidad, mujeres que optan por la soledad antes que casarse con el hombre inapropiado, que rompen con los cánones de la Iglesia, aldeanas ricas que eligen hombres pobres, mujeres que defienden la naturaleza. Las protagonistas de los cuentos de estas escritoras de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, lejos de ser heroínas con dotes insuperables, son mujeres comunes pero con decisiones y virtudes que escandalizan los moldes de la época... Muestran abordajes heterogéneos, pero en su mayoría, no exentos de ternura, humor y fina ironía... dieron a la literatura un color diferente», según cuenta Ramón D. Tarruella, traductor y compilador de

versiones completas en dos tomos de *Cuentos de Mujeres y por Mujeres* (2005).

La novela surge como un género más complejo. Las mujeres escriben porque les gusta y necesitan hacerlo. Según Stefan Bollman (2007) «Desde sus orígenes, la novela estuvo ligada a la aparición de la cultura femenina... El extraordinario avance de la novela en el mundo moderno, está ligado al extraordinario avance de la mujer... Jane Austen logró asociar dos tipos de novelas en una unidad armoniosa y desconocida... Con ella se pasa constantemente y sin ruptura de la representación de la conciencia al análisis de la vida, y se produce un juego sutil de identificación y distancia que ilustra los enredos de las relaciones humanas en su dimensión psicológica y social... Nos muestra cómo vida interior y vida exterior —sentimiento, comunicación y acción— interactúan, coinciden o se contradicen, se distinguen por la sinceridad o el disimulo, por la resolución o la indiferencia... Las mujeres toman conciencia de que la esfera de las relaciones humanas es un dominio en el que ellas superan a los hombres gracias a su propia socialización... La novela es una escuela de inteligencia emocional y social».

La poesía no se queda atrás. Juan Gustavo Cobo Borda (1991) en *Palabras de Mujer* reconoce: «Del espejo al autorretrato, del ácido del miedo a la presencia de Dios como consuelo o forma descarnada, de la insensata euforia al afán de recuperar una unidad partida, de la extrañeza del ser a los rituales, tan estériles como necesarios, de la vida cotidiana, de la implacable asiduidad del tiempo al fracaso esencial en que se derrumba toda existencia, de la solidaridad conmovedora ante cada nuevo rebrote de vida a la tenacidad implacable con que la poesía retrasa la muerte, protestando línea a línea, con amor, humor y coraje, el abanico de propuestas es múltiple. Elijámonos, en consecuencia, a partir del breve texto que, salta desde la página y hace real una intimidad antes imprecisa».

La explosión de la escritura de las mujeres se produce realmente en el siglo XX. Ya no tienen que escribir con seudónimos masculinos. Con el acceso de las mujeres a las universidades y con el quehacer investigativo en todos los campos de la ciencia y las artes se abren compuertas para cuestionar y reconstruir las religiones, las filosofías, las teorías y las historias. Y lo que es más importante, se abren cientos de programas en estudios de género. «Y se abren nuevas posibilidades de comunicación global a través de la habitación propia y conectada», como dice Remedios Zafra.

Según el DAES (Departamento de Asuntos Sociales y Económicos) de la ONU (2010): «Excepto en el África Subsahariana y en Asia meridional y occidental, la disparidad de género favorece a la mujer en lo relativo a la tasa de matriculación de la enseñanza superior... En la enseñanza superior la presencia de la mujer es notablemente escasa en los campos de la Ciencia y la ingeniería; sin embargo, su número es mayor en los campos de la salud, la educación, el bienestar, las Ciencias Sociales, las Humanidades y el Arte"... A nivel mundial las mujeres constituyen la cuarta parte de los investigadores científicos; un incremento si se compara con décadas anteriores, pero aún así muy lejos de la paridad de género... El uso y acceso a Internet se ha incrementado de manera exponencial en la última década reduciendo la brecha digital entre los géneros. Sin embargo, en la mayoría de los países, independientemente de su nivel de desarrollo, las mujeres siguen sin tener el mismo nivel de acceso a Internet que los hombres».

Escuchemos nuevamente a María del Carmen:

«¿Y sobre la escritura qué? Una de mis grandes dificultades en mi quehacer académico fue, precisamente, el oficio de escribir. Siempre tuve problemas para redactar los resultados, que, con dedicación e interés investigué en la universidad. Siempre tuve la sensación y muchas certezas de que entre la exposición verbal y la comunicación escrita existía un abismo

grande dentro de mí. Luego averigüé que esa distancia la viven muchas personas que leen y escriben.

Al llegar al trabajo monográfico me tocaba escribir y presenté un informe que parecía más un galimatías. La exposición oral fue aceptada, pero el escrito me tocó rehacerlo por completo.

Sin embargo, insisto en aprender a escribir. Renunciar a ello sería como mantenerse en una faceta de la excomuniación social. Sería como declararse oidora y no interlocutora».

Otras generaciones

María del Rosario, la hija de María del Carmen nació en otros tiempos, pertenece a otra generación. Eran los años setenta y su madre ya había abierto mucho camino para ella. Así lo describe: «Me llamo María por mi abuela y por mi mamá y Rosario porque fue en Islas del Rosario donde mi mamá tuvo su primer orgasmo, no porque le gustara rezar ni porque fueran católicos.

Mi generación es muy diferente a la de mi mamá y sobre todo a la de mi abuela. No recuerdo que me leyeran cuentos de niña antes de dormir, como hago hoy en día con mi hija (en dos idiomas), pero sí que cuando ya sabía leer, mi mamá me compraba libros muy interesantes y la biblioteca de mi casa era grande y estaba abierta para todos. Podía escoger el libro que quisiera y leerlo. No había libros prohibidos, ni siquiera para niños. Así era como cada día al recorrer el pasillo de mi casa, lleno de libros, leía títulos y en alguna ocasión cogía uno, que lo volvía a dejar porque eran solo letras y nada de dibujos ni de fotos. Algunas veces los rayaba y jugaba a que eran mis cuadernos del colegio. “¡Qué aburridos los libros de los adultos!” llegué a pensar, aún más cuando repasaba los títulos y echaba un vistazo a la primera página: *Desarrollo social del siglo XX*, o *Estadísticas de pobreza en el tercer mundo*. No entendía nada. Incluso llegué a ojear *Los hornos de Hitler*. No lo leí porque no me

interesó más allá de las fotos, aunque me asombró enterarme de que los Nazis hubieran hecho jabones con grasa corporal de seres humanos y lámparas con piel de los judíos.

Por suerte nunca tuve que limpiar esa biblioteca. Es más, cuando se hacía limpieza y se desechaban algunos libros yo corría a sacar un montón de las bolsas de la basura, porque sentía que no me iba a alcanzar la vida para leerlos todos, y que, en algún momento les llegaría su momento. La mayoría se quedaban por muchos años más en el armario.

La educación escolar como reconocimiento de la existencia

Ir al colegio era algo que no se discutía. Todas las mujeres íbamos al colegio y posteriormente a la universidad. Ya había suficientes colegios mixtos y sin uniforme y donde no se diferenciaba hombre de mujer para ninguna asignatura, ni siquiera para deporte. Eso sí, aún existían y, si mal no estoy, aún existen en Colombia, colegios donde separaban a los niños de las niñas y algunas de mis vecinas preguntaban curiosas, cómo era aprender con chicos en el salón. Para mí era normal, ¿qué iba a decir? —que había chicos tontos y otros más inteligentes—. Fuera de eso no había diferencia, creía yo. Por supuesto que uno se podía enamorar de alguno del colegio, pero de otra clase (porque los de la misma clase nos parecían más hermanitos que otra cosa), pero aparte de eso, no había nada de peculiar. Es más, yo tampoco me podía, ni aún hoy en día, me puedo imaginar lo que es aprender solo con mujeres en la misma clase. Debe ser muy aburrido, pensaba, o, deben hablar y chismosear un montón.

Lo que sí observaba en ese tiempo, es que muchas de las niñas de esos colegios femeninos, resultaban más a menudo embarazadas que las de los colegios mixtos. Está claro que no les darían educación

sexual porque eran embarazos indeseados. Además, los colegios masculinos solían tener más reconocimiento académico que los colegios donde solo estudiaban mujeres. Se podría achacar a la tradición y más años de experiencia enseñando en los colegios masculinos.

En uno de los colegios que visité (pues visité varios, pero lo que se dice realmente estudiar lo hice solo en dos), teníamos incluso educación sexual. La clase se daba cuando teníamos 12 años, no sin cierta tensión en la clase. Se hablaba sobre la masturbación, la menstruación y nos daban ciertas reglas de higiene que me fueron muy útiles en mi vida diaria, aparte de las que aprendía en mi casa. En otro colegio nos explicaron en clase de biología cómo funcionaba nuestro ciclo y qué métodos anticonceptivos naturales y no naturales había. Parecía todo normal. No era nada del otro mundo. Por eso a veces me sorprende que mujeres adultas no sepan cómo funciona su ciclo menstrual, pues no en todas las casas ni en todos los colegios se hablaba de eso.

Recuerdo muy bien que a mi hermanita pequeña le regalaban muchos libros interesantes sobre el origen del cosmos, las diferentes tribus indígenas y otros temas. Ella los leía con avidez y discutía con mi mamá sobre cuáles otros podía leer. En ese entonces calculo que ella tendría siete años. Yo también leía, sobre todo cuando estaba enferma por varios días en la cama. Así fue como con paperas me leí los cuentos folclóricos rusos de *Basilisa la Hermosa* que me transportaron a otro país y a otros tiempos, pues era en tiempos de los zares rusos y así, con la madeja de hilo tan fino que iba hilando Basilisa, yo iba, también en sueños y con la fiebre, hilando fino. Así empezó mi afición a la lectura.

Puedo entender la presión que mi mamá sufrió de pequeña, pues en alguna ocasión tuve roce con mis abuelas en estos campos que las sobrepasaban. Yo había leído *Madame Bovary* a la edad de 13 años

y para *halloween* me disfracé de ella. Mi abuela me reprendió diciendo que no me debería vestir de una “cualquiera”. Realmente nunca había visto a *Madame Bovary* como a una “casquisuelta” — como llaman a las mujeres que viven su vida sexual más abierta y sin tapujos—. No era que yo no tuviera prejuicios, ¡todos los tenemos!, pero mi significado de mujer suelta era otro y no la que tiene un romance fuera de un matrimonio que no la satisface y quiere ascender social y económicamente. Me quedé sorprendida. Esa era, para mí, una nueva lectura del personaje de Emma Bovary».

Nuestros cuerpos nuestras vidas llegó a mis manos a los 15 años por medio de mi mamá. Me pareció un libro interesante, aunque debo confesar, poco revelador, ya que nosotros ya gozábamos de experiencia, conocimiento y además teníamos el mundo abierto para ejercer nuestra sexualidad. Así que cuando lo llevé al colegio y le comenté a algunas amigas que uno se podía masturbar con una vela y mirándose en un espejo, la respuesta de una de ellas fue “Sí, claro, ¿y qué?” y el libro no siguió llamando mucho la atención. Aunque debo reconocer que era muy instructivo y liberador. Lo leí todo y me gustó. No recuerdo en qué influyó en mi vida, pero tuvo que ejercer algún cambio; pero me parece que mis amigas eran más versadas y de ellas aprendí mucho.

Escribiendo este artículo consulté con otras amigas, cuyas madres no eran tan modernas, y dijeron que ellas nunca habrían podido recibir de sus madres cierta información: “¿Cómo?, ¿recibir un libro para mejorar mi sexualidad, mis orgasmos y conocer mi cuerpo? ¿Y además por parte de mis padres?- ¡Eso jamás!”. Habría sido imposible, incluso hoy en día no hablan de esos temas ni con muchas de sus amigas. Así que, dependiendo del medio, algunos libros pueden, o no, sacudir sentimientos. Mi ejemplo, supongo que no será el común denominador.

La escritura

En mi colegio la lectura y la escritura formaban parte de la educación básica como en muchos otros colegios. De niños teníamos que hacer redacciones y escribir cuentos. Los exámenes se podían perder por mala redacción. Así que cuando empecé los estudios secundarios y descubrí que muchos (la mitad) de mis compañeros no sabían ni leer ni escribir con propiedad —no hablo de errores de ortografía, que son la camisa de fuerza de la escritura—, sino de problemas de contenido y de redacción básica a la hora de plasmar lo que se quiere expresar.

Peor me pareció la lectura. Cuando empezamos a leer a Lope de Vega en voz alta, personas que ya habían hecho una carrera, leían como lee hoy en día mi hija de seis años, que hasta ahora lleva medio año aprendiendo; sílaba tras sílaba sin entender el contenido. El problema era evidente en hombres y en mujeres sin importar la clase social. La vergüenza era mayor cuando se pedía en voz alta una síntesis de la lectura y ni siquiera se había entendido lo anecdótico. El problema era de fondo y no afectaba a un solo género, sino a una generación que daba por hecho que había que estudiar, pero las bases andaban flojas. Sigo sin entender cómo lograron sacar una carrera adelante sin saber leer ni escribir. Supongo que el problema, lejos de mejorarse, se habrá acrecentado, puesto que la televisión y el facebook son los principales transmisores de cultura e información en general y la lectura se ha cambiado por las películas y la escritura se limita a un comentario en la red social, por cierto con pésima ortografía en muchos casos.

La interpretación y otras lenguas

Hoy en día muchas de mis amigas son autoras, editoras y traductoras. La barrera se ha superado.

No me eduqué en un colegio bilingüe como algunos de mi generación, pero las lenguas no se hicieron esperar y con 22 años aprendí mi primer idioma extranjero. Esto trajo una especie de tormenta a mi cerebro, pues para aprender dicho idioma tenía que cambiar el orden de mis ideas y había que escuchar al interlocutor hasta el final para entenderlo, pues el verbo está al final. ¡Qué interesante, un idioma donde hay que escuchar al otro! —No como el español que permite interrupciones de todo tipo y en cualquier momento—.

Un idioma donde hay que ordenar las ideas me cambió los esquemas mentales. No es casualidad que sea uno de los idiomas que más ha producido escritos filosóficos y de grandes pensadores. Pues para entender una frase, hay que leerla también hasta el final, porque además muchos verbos se parten y la partícula que define al verbo también va al final. O sea que hay que tener claridad y saber exactamente lo que se quiere decir cuando se comienza a hablar o la frase queda inconclusa y nadie entiende nada.

El cambio en el aparato fónico fue otra revelación, pues yo no me iba a permitir hablar con acento. Así que me tocó empezar a aprender a hablar de nuevo; la “a” ya no era la “a” mía de toda la vida, ni la “t” ni la “s”. Sin ejercicios y disciplina no lo hubiera logrado. En todo caso, mi meta era llegar a leer a Bertold Brecht en su idioma original. Lo que logré en poco tiempo, pero no le dediqué mucho tiempo por la cantidad de autores maravillosos que produce ese idioma: Thomas Mann, Heinrich Boll, etc.

Desde que aprendí inglés, los autores y autoras que escribieron en esta lengua anglosajona no se hicieron esperar: Doris Lessing, Oscar Wilde, Isabella Banks, etc.

A los 24 años ya hablaba y escribía en cuatro idiomas e incluso escribí un libro en idioma extranjero.

Éstos no han significado un problema para comunicarme, como le pasa a muchos que viven en otros países y el nuevo idioma es un estorbo para estudiar o hacer amistades nuevas y terminan encapsulándose en sus guetos, sino todo lo contrario, ha abierto la posibilidad a nuevos conocimientos y a nuevos proyectos laborales. Me costó mucho esfuerzo, tiempo y dinero aprenderlos, a diferencia de mi hija, que con tan solo dos años ya chapurreaba en dos idiomas y con seis canta en cuatro de los idiomas más extendidos. Ella está rodeada de multiculturalidad. Para ella es normal escuchar a sus padres hablar en otros idiomas y pregunta curiosa qué significa tal o cual palabra. Afortunadamente, yo la he podido apoyar en su aprendizaje.

La indignación de las mujeres por el cine comercial hecho por hombres

El cine y el teatro fueron otros de los grandes disfrutes de nuestra generación y una revelación en algunos campos. Pudimos ser actrices sin ser confundidas con prostitutas. Nosotras pudimos ir al cine sin restricción a ver a Bergman, Jacques Rivette, Pasolini y Angelopoulos y ellos supieron mostrarnos otras realidades.

Sin embargo, aún carecemos de mujeres directoras y guionistas, y hacen falta, ya que las historias de las mujeres, la sexualidad y nuestra imagen en el cine sigue siendo tremendamente machista y no nos refleja, ni cuenta lo que de verdad necesitamos, queremos y cómo somos. Muchas de las actrices que son ejemplo para otras mujeres son maniqués, actúan bien y son aparentemente inteligentes pero cumplen todas con un parámetro de belleza que es insultante y repiten esos parámetros para agradar al sexo opuesto.

Por eso creo que el cine comercial ha contribuido a la desinformación en todo tipo. Los libros no se leen, sino que se ven resúmenes con grandes

producciones que dejan de lado puntos valiosos y se centran en lo anecdótico. No se necesita la abstracción ni se enriquece el vocabulario.

Claro ejemplo de desastre es la serie norteamericana ‘Sexo en Nueva York’, que intentó ser revolucionaria porque “las mujeres” iban a hablar del sexo clara y llanamente, pero... las mujeres muestran un papel irreal que hace creer a otras mujeres sin experiencia, que la vida es así de superficial y el sexo así de pobre. Dicha serie está dirigida principalmente a la satisfacción del hombre y a clichés aburridos que ya conocemos de memoria. Ninguna de las mujeres tiene un cuerpo que sea normal, real, de la calle, todas son mujeres muy acomodadas y ninguna supera los 50. Al guionista le enviaré *Nuestros cuerpos nuestras vidas*, porque creo que su madre cometió un error al no dárselo. En todo caso, a veces creo que si se escribiera como de verdad que-remos ser y vivir, habría una revolución mundial.

La mayoría de la información sigue siendo escrita y dirigida por hombres para hombres y mujeres con poca crítica por parte de las mujeres».

En todo caso, a menudo tengo el placer de leer y traducir obras de teatro o guiones escritos por amigas u otras mujeres y me regocijo con el humor y el dominio que tienen de la pluma y del mundo. Cada vez somos más las que nos expresamos libremente.

Las nuevas generaciones

De mi generación a la de mi hija ha habido un cambio notorio, no tan grande como la de mis padres a la mía o de la de mi abuela, pero noto cambios positivos. En el país en el que vivo no les permiten ir al colegio antes de los seis años para

proteger su niñez. Los niños pequeños no deben estar recargados de tareas ni de obligaciones y la historia, los idiomas y las religiones las aprenden con cuentos y con canciones. Así fue como mi hija me explicó las migraciones del siglo V, como un cuento, fácil, ligero e interesante.

En su primera semana de colegio los llevaron a la biblioteca para que aprendieran a pedir libros prestados y les enseñaron a cuidarlos y a devolverlos a tiempo. Ella mira siempre libros y aún sin saber leer los ojea, se hace la que lee y relee. Por las noches le leemos cuentos en dos idiomas, o simplemente yo me invento alguno, que son los que más le gustan. Ella los cambia y los organiza y discute con los personajes. No come cuento, como sí lo hice yo por mucho tiempo. Siempre creí que los libros y los adultos tenían la verdad.

Cuando le comenté que me habría encantado estudiar en su colegio, me respondió: “¡Pues habérselo dicho a los abuelos!”. Todo tan lógico, tan simple. Lo que ella no sabía es que antes a los niños y a las niñas no se les respetaba tanto en las instituciones educativas. No se cuidaban sus sueños y sus aventuras y mucho menos se les echaba en la maleta un enano tejido para que les soplara en matemáticas. Tampoco se permitían horarios más amables y compatibles con su corta edad. Mucho menos iba a haber profesores que estuvieran más interesados por el bienestar de los aprendices que por los números y las letras.

Mi hija pregunta lo que le interesa y recibe la información. Ahora se dedica a hacer libros sobre dinosaurios en español y en alemán. Los ha llevado al colegio y la profesora los ha mostrado a todos los compañeros para que puedan aprender. Ya tiene solicitudes de niños para que les enseñe español.